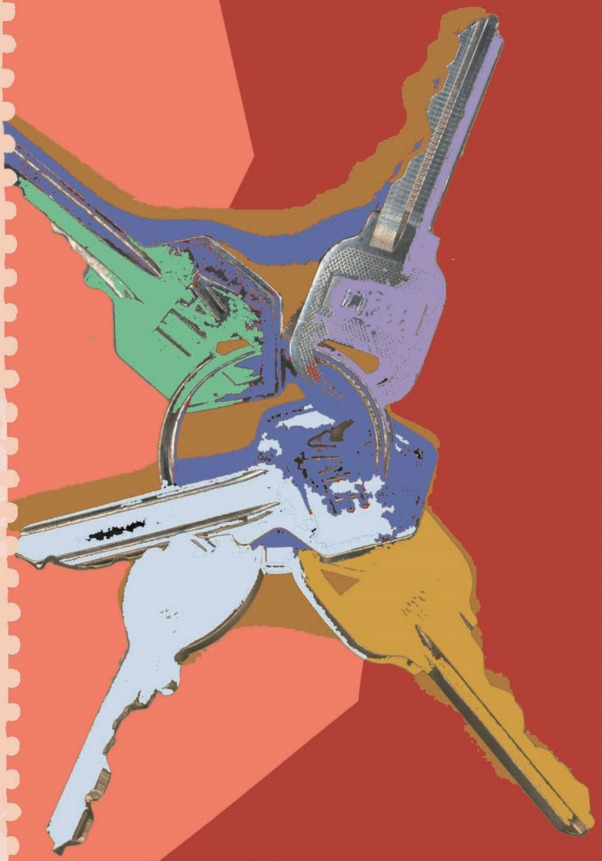
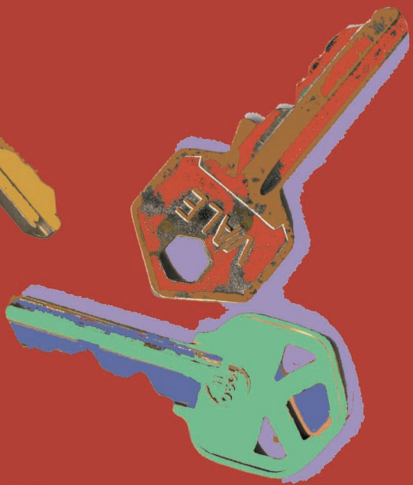
LAS LLAVES DEL PERIÓDICO

CARLOS MARIO CORREA S.
MARCO ANTONIO MEJÍA T.

COLECCIÓN TESTIGOS





FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT

Las llaves del periódico

Carlos Mario Correa S.
Marco Antonio Mejía T.

Las llaves del periódico

Fondo Editorial
Universidad EAFIT

Correa A., Carlos Mario
Las llaves del periódico / Carlos Mario Correa A., Marco Antonio Mejía T. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2008.
142 p. ; 22 cm. -- (Colección testigos)
ISBN 978-958-8281-97-1
1. El Espectador : (Bogotá) - Historia 2. Amenazas a periodistas - Colombia 3. Víctimas del terrorismo - Colombia I. Mejía T., Marco Antonio, tr. II. Tít. III. Serie.
079.861 cd 21 ed.
A1155057

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Las llaves del periódico
Primera edición: abril de 2008
© Carlos Mario Correa S.
© Marco Antonio Mejía T.
© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 #7 Sur 50, Medellín.
http//www.eafit.edu.co/fondo
E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-8281-97-1

Editor de la colección Testigos: Juan José Hoyos
Diseño de colección: Sebastián Hoyos Vélez

Editado en Medellín,Colombia.

Contenido

1. La agencia 11
2. La casa tomada 20
3. El periódico 38
4. Clandestino 59
5. El Periodista 90
6. Las llaves del periódico 126

Epílogo 131

En memoria de a quienes, como a Marta Luz López, Miguel Arturo Soler, Hernando Tavera, Julio Daniel Chaparro y Jorge Enrique Torres, les cerraron brutalmente las puertas de sus vidas cuando trataban de mantener abiertas las de *El Espectador,* durante aquellos días de infamia que sucedieron al sacrificio de su director don Guillermo Cano. Y a quienes mantienen la esperanza de que la libertad de prensa sea una realidad de la primera y de todas las páginas de los periódicos.

¿Por qué tantas veces me jugué la vida, asomándome a los dominios de la muerte? ¿Acaso para dar fe de los misterios encerrados en el destino o para ganarme un sueldo? Ni lo uno, ni lo otro. Percibo mi trabajo como una vocación, como una misión. No me habría expuesto a tantos peligros, si no hubiera sentido en el fondo de mi ser que me hallaba ante hechos de gran magnitud, ante algo que atañía a la historia contemporánea, es decir, a nosotros mismos. Por eso, al igual que otros muchos colegas, en repetidas ocasiones fui más allá de lo que en el periodismo se considera razonable.

Ryszard Kapuscinski

1. La agencia

Trato de seguir a mis personajes sin entrometerme mientras los observo en situaciones reveladoras, anotando sus reacciones y las de los demás ante las de ellos. Intento integrar toda la escena, el diálogo y el talante, la tensión, el drama, el conflicto, y luego procuro plasmarlo todo desde el punto de vista de las personas sobre las que estoy tratando, revelando incluso, cuando sea posible, el pensamiento de estos individuos mientras los describo.

Gay Talese

El Periodista cayó al suelo intimidado por el cañón del revólver que le restregaban en la frente. No sintió la aspereza del piso de ladrillo, un material en desuso que las dos ancianas, dueñas del local en donde se distribuía la prensa, se negaron a cambiar oponiéndose al inútil lujo de las baldosas. No tuvo tiempo para el miedo, todo, como suele ocurrir en estos casos, fue tan imprevisto y vertiginoso que, apenas habían transcurrido unos cuantos minutos desde que dejó a su madre en la puerta de la iglesia y ahora estaba allí tirado, con la muerte babeando sobre su cara. Tampoco sintió el peso

del sicario que se le paró encima mientras le escupía el término "gonorrea" y lo amenazaba con el gatillo a punto de decidir la suerte mortal que estaba tras el "sí" o tras el "no":

—Decí que ya no trabajás más para ese pasquín, que ya no tenés que ver con él, que estás por fuera. Es una orden del "Doctor". *El Espectador* se va porque se va, y no queremos a nadie que tenga nada que ver con ese periódico de mierda. Confesá, o te vuelo la cabeza.

Ninguna sensación era tan contundente como el olor del tenis nuevo que le aplastaba la nariz. Extrañamente, no pensó en la siniestra situación en la cual se encontraba, le atormentaba más percibir que el pie nadaba en aquel calzado fino y costoso. "Una talla demasiado grande para un pie tan mediano —pensó el Periodista—, debió comprarlos porque le gustaban, pero no porque le sirvieran, a lo mejor en ese estilo no había de su talla".

—¿Sí o no?— vociferó nuevamente el sicario. Y al oír el nombre de *El Espectador*, la imagen del imponente letrero del periódico que dominaba la carrera Bolívar, en los tiempos cuando iba a la universidad, le llegó como un anuncio de muerte. La última visión en su vida no era como esa multiplicidad de imágenes en las que el moribundo ve toda su existencia, sino la de un aviso de cinco metros de largo: ¡el anuncio más grande que tuviera periódico alguno en Medellín! Y en su mente ya no era eso tan siquiera. La agresión de la cual estaba siendo víctima lo reducía todo, y el letrero de *El Espectador* era ahora un simple adhesivo, de 5 por 2cms, pegado tímidamente sobre una ventana en una casa de Prado Centro, sede en la cual el periódico

debió refugiarse tras abandonar el edificio de la carrera Bolívar, después del asesinato en Bogotá de su director Guillermo Cano Isaza el 17 de diciembre de 1986.

Antes de la guerra de Pablo Escobar Gaviria contra *El Espectador* las distintas dependencias del periódico estaban distribuidas en los cinco pisos del edificio: la redacción, los servicios de despacho, la agencia de publicidad y la bodega. Pero sobre todo era el aviso lo que le daba ese aire de grandeza. El Periodista, cuando fue llamado a trabajar como redactor en *El Espectador* a mediados de 1988, se desconcertó porque no vio publicidad alguna que identificara al diario. Al recorrer la casa en el proceso de inducción, encontró en el patio trasero el enorme aviso abandonado a la intemperie, desvencijado, y con las letras devoradas por el tiempo.

Esa fue la sensación definitiva, la de sentirse como el agonizante aviso de *El Espectador,* justo en ese instante cuando estaba a punto de ser borrado para siempre por los dos sicarios que habían recibido la orden de asesinarlo si comprobaban que él todavía tenía vínculos con el periódico de la familia Cano .

Era este el fin, el plomo anidaría sobre su sien y ya no sería más el "Periodista", nadie más en su pueblo natal le volvería a llamar así, y los obsesivos personajes de sus crónicas quedarían fulminados por el destello mortal del disparo.

Los gritos de las dos mujeres ancianas se impusieron sobre las amenazas de los sicarios. Eran voces familiares, las mismas que durante años le avisaban si ya había llegado o no la edición dominical de *El Espectador*, ese ejemplar que puntualmente buscaba